

EL ABRAZO DEL ODIO

Por el sendero que seguía el curso del río, avanzaba Nicanor detrás de su rebaño de cabras, que trepaban por la empinada ladera, tachonando de manchas blancas, pardas y amarillas, el fondo verde oscuro del pino y el lentisco, iluminado por la luz del crepúsculo vespertino, anticipado en aquella angostura del valle. Lentamente, con el cayado colgado del brazo, un manojo de esparto bajo de éste, subía el pastor la cuesta que la senda hacía para salvar el acantilado que poco más allá presentaba la vertiente sobre el cauce. Tejía, mientras andaba, la sogá que iba arrastrando detrás, y de vez en cuando se paraba para acarrear con la voz la cabra que se rezagaba.

Cuando llegó a lo alto del peñasco se detuvo y miró a la ladera, que aún se remontaba con fuerte declive a gran altura, por encima del calar. Como acompañamiento de la canción bronca y siniestra que entonaba allá abajo el río espumoso y turbio, con la crecida que producía el deshielo, se oía acompasadamente el golpe del hacha en el pinar. El ruido cesó en la espesura, y un hombre bajó por la vertiente al encuentro de Nicanor. Al llegar junto a él, se saludaron los dos con gravedad.

Nicanor y el Lobato no se habían visto hacía varios meses, desde las fiestas del pueblo, durante las cuales riñó el Lobato con la Juliana, y ésta se puso en relaciones con Nicanor. Mientras fueron novios, el Lobato iba casi todas las noches al molino donde estaba de moza Juliana, y allí se pasaba dos ó tres horas a su lado, mientras ella hilaba ó hacía calceta, hablando poco con ella, pero comiéndosela con los ojos. Ella le correspondía con aquella risa dulce que se le metía por el alma al rudo hachero, iluminando las lobregueces de su entendimiento. Cuando el Lobato iba al lugar a vender la carga de leña, ó a la villa, ya más lejana, donde colocaba la sesma ó el tirante cortados fraudulentamente en los montes del Estado, siempre dedicaba una parte de su ganancia a obsequiar a Juliana.

Así pasaron un año; poco menos faltaba aún para que el Lobato obtuviera la licencia del servicio militar que le había de permitir casarse con Juliana, como tenían concertado, cuando ésta, cansada de esperar ó halagada por el hato de cabras y las tierras que el padre de Nicanor poseía, aprovechó la rencilla leve tenida con su novio en la romería y aceptó los ofrecimientos de Nicanor, que la requabraba ya hacía tiempo. Nicanor substituyó aquel invierno al Lobato en el hogar del molino, junto a la silla que Juliana ocupaba, y el Lobato se ausentó con sus dos borriquillos cargados con cuatro tirantes, andando de no-

che y fuera de camino, para esquivar el encuentro de la Guardia civil, hasta llegar al pueblo donde vendía la madera. Aquel viaje, como no le aguijoneaba el deseo de ver a Juliana, tardó en volver más que otras veces. Cuando regresó siguió su vida ordinaria, metido en las breñas, viviendo del monte. Difícil hubiera sido conocer si debajo de aquella tosca corteza vivía aún ó se había extinguido la pasión por la moza del molino; grave y taciturno, como siempre, a nadie hablaba del caso, y esquivaba la respuesta cuando le preguntaban.

Nicanor, sin embargo, aunque no lo temía, recelaba algún encuentro, pues no podía creer que el apasionado rival se aquietase tan fácilmente con su derrota. Así es que, cuando cuando aquella tarde lo vio bajar en su busca, lo esperó apercebido.

Sobre la elevada peña, con el río de color de ocre reborbotando y mugiendo a sus pies iluminados por la luz cárdena de los últimos celajes de la tarde, se destacaban las figuras de los dos montañeses, fuertes y enérgicos, contemplándose con aire de desafío.

La primera palabra de la disputa, cuando se busca decididamente la pelea, es, sin embargo, difícil de pronunciar; y después de las «buenas tardes» dadas por el Lobato y contestadas por Nicanor, hubo un instante de silencioso embarazo. El espíritu tiene también su ley de inercia, y no rompe súbitamente y sin preparación el enojo. A veces, las situaciones más violentas y amenazadoras entre dos enemigos se resuelven pacíficamente por esa dificultad de empezar, que no es miedo ni flaqueza; es la resistencia del ánimo a romper un estado de equilibrio, y de labios preñados de provocaciones brota una frase insignificante.

—¿Tienes para hacer fuego?—dijo el Lobato—; he perdido esta mañana la piedra y estoy todo el día sin fumar.

Nicanor sacó de entre la faja una bolsa con los útiles de encender y la alargó al hachero. Era en forma de cartera, de pana negra, bordada profusamente con lentejuelas y estambres de colores vivos. El Lobato la examinó un momento antes de abrirla.

—Muy maja es—dijo—; ¿te la ha hecho la Juliana?

—Sí—respondió el pastor.

Los ojos de Lobato brillaron con terrible expresión de odio. Miró un instante más la bolsa, y después, con rápido movimiento, la tiró al río.

—Se me ha caído—dijo mirando con burla colérica a su adversario.

—Pues anda por ella.

Y diciendo esto, Nicanor echó el cuerpo atrás, y con violento empujón precipitó al Lobato por el costado de la roca. Casi en el

aire, se revolvió éste y asió al pastor por un brazo. Ambos rivales cayeron al río.

Las aguas se abrieron con estrépito y envolvieron los dos cuerpos, que desaparecieron durante unos segundos. Después, algo más abajo del punto de caída, aparecieron los bustos abrazados, forcejeando con trágicas crispaduras, con los gestos terroríficos de lucha y de muerte. Se sumergieron de nuevo y volvieron a la superficie dos veces más, a intervalos más largos, cada vez más aguas abajo, y, por último, quedaron cubiertos por las rojas aguas.

Ni el menor rastro quedó de la trágica escena desarrollada en aquella apacible tarde de primavera, a la luz cárdena y mortecina del crepúsculo, en medio de la soledad y del silencio agosto de la Naturaleza, que llenaba sólo la canción bronca y monótona entonada eternamente por el río, repercutida y reforzada por las ásperas y elevadas laderas que lo encierran.

A los tres días de inútiles pesquisas en busca del Lobato y Nicanor, junto a la presa del molino, detenidos por la verja a la entrada de las compuertas, vieron una mañana los dos cadáveres hinchados y deformes, fuertemente entrelazados con brazos y piernas, en abrazo perdurable.

Allí acudió toda la gente del molino a mirar el espantable grupo, y entre ellos Juliana, que estuvo luego mucho tiempo enferma.

Juan Carranza.

ZAHARA

Sobre lujosa alfombra recamada la virgen del desierto está tendida, y al encontrarse sola, descuidada se reclinó, dejando inadvertida la forma incitadora mal velada.

Como al soplo del aura se estremece el albo seno en dulce balanceo, el moro al contemplarlo palidece, y entre Zahara y Hamed risueña crece la imagen pecadora del deseo.

¡Duerme la virgen, y el templado aliento, al pasar por sus labios tentadores, amargo suspirar finge de intento, como el errante suspirar del viento que débil roza en las pintadas flores!

Y tras sus rojos labios contraídos figura la pasión ver los millares de besos que palpitan escondidos, como tras los celajes encendidos palpitan los celestes luminares.

Y sus ojos, serenos y rasgados, la luz crepuscular de la mañana fingen, no estando abiertos ni cerrados, que fué la mano caprichosa y vana de la ilusión quien los dejó entornados.

La vista ansiosa con espanto clava de nuevo el moro con afán creciente; tórñase el rostro pálido y doliente, y como ruge la pantera brava, rugió doblando la angustiada frente.

¡Jamás! Jamás el corazón humano sintió dentro de sí lucha tan fuerte; el sediento que mira el Oceano y que agua toca con tender la mano... y lucha con la sed que le da muerte.

De la pasión el bárbaro acicate le acosa sin cesar, y a un tiempo mismo su corazón, que con angustia late, le ataja en el camino del abismo y es fuerza sucumbir en el combate.

¿Qué hiciera el pecador, por su impureza, á eterno sufrimiento condenado, si desde el fondo donde fué arrojado contemplara del cielo la belleza si en él quisiera estar, fuera pecado?

Su corazón, como la seca rama al sentir del amor la primavera, cenizas fué con la primera llama, que cundió tan voraz y tan ligera como cunde un incendio en la retama.

Perdida la razón, ciego, vehemente, á Zahara contemplaba con fijeza; su desesperación casi en grandeza próxima á convertirse, y de repente levantó con orgullo la cabeza.

Un algo misterioso, algo violento apacentó en su pecho los enojos y encendió su mejilla en un momento, y fueron avivándose sus ojos por la chispa fugaz de un pensamiento.

Y como si de pronto despertara de largo sueño ó de febril desmayo, con ambas manos se frotó la cara, quedó un momento contemplando á Zahara y salió de la alcoba como un rayo.

Manuel Paso.

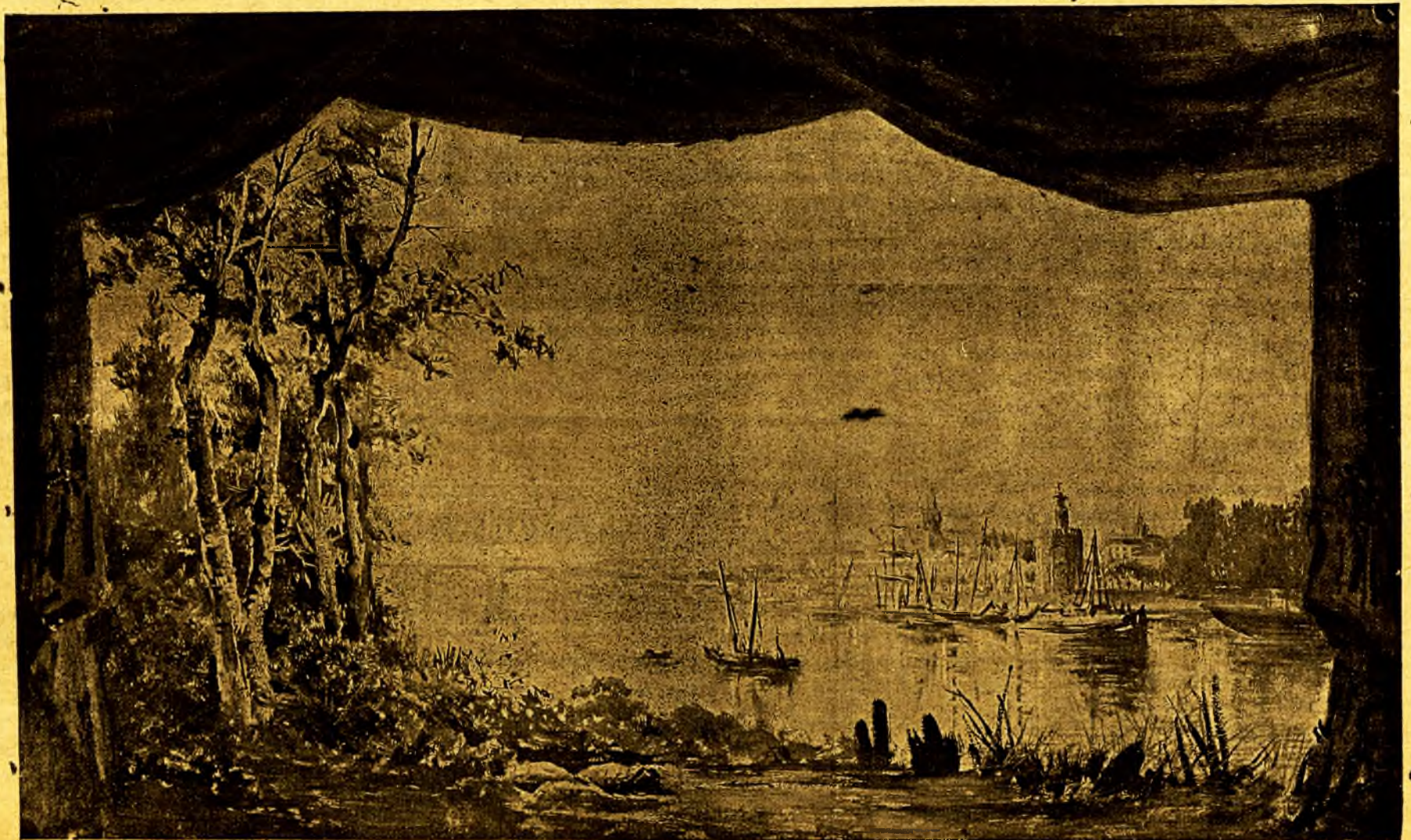
(Fragmento de un poema).

CURIOSIDADES

EL ÁRBOL MÁS VIEJO

La botánica reconoce y estudia una larga y prolija enumeración de árboles históricos é igualmente de otros que, á poder hablar, serían aún más curiosos que aquéllos, pues han podido presenciar sucesos ocurridos ante ellos hace más de dos mil años.

Los famosos cedros del monte Libano, que pudieron ser coetáneos de Rómulo y Remo; los olivos del monte Olivet, donde se verifica el pasaje de la enorme tragedia del Calvario, que se conoce vulgarmente con el nombre de «La oración del huerto»; el árbol en que tropezó el caballo del César al lanzarse al Rubicón, pronunciando la famosa frase de que su suerte y su vida iban todas ellas jugadas (*Alea jacta est*) en aquella aventura, y más modernamente el copudo árbol en que Hernán



Vista de Sevilla.-(Decoración de Muriel.)